

El acompañamiento como una dinámica de engendramiento y de ternura

Este año se trabajará mucho el tema del acompañamiento y del cuidado. En nuestro lema inspectorial “De andar juntos se trata”, “juntos” tiene que ver con cómo queremos transitar este tramo del camino de la vida: no queremos ir solos sino acompañándonos unos a otros.

Para ello es importante cultivar la calidad de las relaciones, y esto no es solo llevarnos bien sino generar vínculos sanantes que al compartir experiencias sufrientes y vulnerables se engendren sentimientos y afectos genuinos de compasión. Serán así estos vínculos los que nos ayuden a des-naturalizar nuestras prácticas des-humanizantes como la violencia, el desagravio, la intolerancia, la indiferencia, la corrupción, el ansia de poder, etc. Estas prácticas disruptivas harán que podamos evidenciarnos donde la vida es precaria, abandonada, desgastada, triste.

El hecho de evidenciarnos, hacernos visibles, es la dinámica samaritana de hacernos cargo, cargar y encargarnos de la vida amenazada, no de cualquier modo sino desde nuestras prácticas pastorales. Así reconocemos la presencia sagrada del otro: haciendo que la vida sea el centro de nuestro quehacer pastoral, es decir, poniendo en común la vida. Esto no es lo más habitual; la manera de posicionarnos no es ingenua en ninguno de nosotros. Por eso es el asunto que nos preocupa y ocupa como comunidad cristiana. No podemos pensar en estos tiempos que una sola persona va a poder acompañar y cuidar una o varias vidas. Una tarea desafiante es sostenernos mutuamente desde una misión compartida, el trabajo en equipo y en red.

La perspectiva comunitaria del acompañamiento nos invita a reconocernos débiles y frágiles y ahí sí tiene sentido existencial y experiencial el Dios de los débiles. Ahí Dios tiene mucho para sanar, cuidar y acompañar. Muchas veces nos paramos como “emisarios” de Dios para ir a los débiles pero nos cuesta recibirlo, darnos cuenta de que también nosotros somos débiles. Y por otro lado es reconocer nuestros carismas y dones para ponerlos en común, como a la vida. El acompañamiento comunitario es hacer experiencia de kénosis, abajarnos hasta el más pequeño para tocar lo más humano y sagrado como lo hizo el mismo Jesús. Allí es donde experimentamos nuestra verdadera y más profunda identidad.

Pensar en el cuidado y escucha comunitaria es vivir dentro de una “red armónica de relaciones”. Es poner en marcha una vida desde la participación, la confianza, la coherencia, el respeto mutuo creando así un movimiento comunitario de acogida y generador de libertad. Esta armonía comunitaria establece una plataforma de sostenimiento esencial y elemental de acompañamiento.

Hay algunos elementos de nuestro carisma que nos pueden ilustrar la pastoral de la ternura y del engendramiento:

Educar en la confianza es construir autoestima, ya que confirma que los otros creen en mí, en mis capacidades y posibilidades. Ese empoderamiento contribuye y acompaña en la construcción de una nueva subjetividad del joven. Nos ayuda a reflexionar sobre las nuevas subjetividades que van naciendo, poniendo el acento en la dimensión afectiva y altruista. Esto cuestiona: ¿Qué tipo de subjetividad se ha ido instalando en nuestras sociedades desde la lógica del mercado?; ¿Qué subjetividad es la que trae el que seamos reducidos y reducibles a la categoría de consumidor?; ¿Qué subjetividad emerge y se consolida desde la prolongada experiencia de pobreza, de exclusión, de insignificancia y cuál desde la experiencia de inexistencia para el Estado?

Pensar y proponer en nuestras prácticas pastorales la dimensión de la ternura supone fundamentalmente abandonar la arrogancia de la lógica, expandiendo la intimidad y el placer de la convivencia. Nos abre espacios de cercanía corporal con el otro conformando un entramado vital de bienestar. Este afecto y cuidado que brindamos a situaciones de la existencia concreta nos sana y nos humaniza, posibilitando la compasión y misericordia con el otro. Se abre así un camino a la otredad, nos descubrimos mutuamente desde relaciones corporales, afectivas, dialogantes y por lo tanto espirituales. La ternura es, por lo tanto, una capacidad de escucha afectiva y efectiva. Nuestro acompañamiento y escucha para los adolescentes y jóvenes es hacer que su vida acontezca, fluya, resurja...

La ternura es uno de los pilares del sistema preventivo y que Don Bosco la nombra con un término que ya se encuentra en los pedagogos de Port Royal (1637-1657) y en los jesuitas en Francia, la Amorevolezza. Aquí se juntan dos términos el “amore” y la “tenerezza” para contrarrestar a las prácticas de castigos y violencia en esas épocas. La íntima relación entre lenguaje (verbal y no verbal) y afectividad juegan aquí un papel fundamental especialmente en las experiencias educativo-pastorales.

La alegría, uno de los elementos constitutivos de la espiritualidad juvenil salesiana, da a su vez un matiz distintivo a la pastoral de la ternura ya que devuelve la capacidad de gozar y disfrutar de la vida, en especial los pequeños y cotidianos momentos. Cuando una persona goza de esos momentos recupera la capacidad de admiración y asombro en especial en la familia, en la amistad, en el trabajo, en el estudio, en las relaciones afectivas, etc. El espíritu de fiesta posibilita a las prácticas pastorales tener un rostro amable y cálido que supera los rigorismos y sometimientos moralistas. Este modo de vivir que supone la alegría se engendra cuando se da la posibilidad de soñar y buscar sin temores ni prejuicios. La alegría empodera y hace posible los nacimientos cotidianos y pequeños, que muchas veces por ser tan imperceptibles corren el riesgo de no verse o no valorarse.

Algunos autores afirman que la afabilidad presupone un fondo de humanidad extrema ya que no sólo se necesita en nuestras relaciones actos de respeto al otro sino una exteriorización marcada por esa sencillez y transparencia afectiva. En ese sentido, la afabilidad da el último toque al “amor demostrado”; “no basta amar sino que se den cuenta de que se los ama” afirmaba siempre Don Bosco. Demostrar el afecto no alcanza con llegar al territorio de los jóvenes sino mostrarles reconocimiento, estima, respeto, deseo de corresponder. Nuestras prácticas pastorales deberían despertar todas las potencialidades personales y comunitarias de los jóvenes y para ello es necesario generar dinámicas de acogidas incondicionales, de escucha paciente y relaciones llenas de profunda humanidad.

La ternura como apertura a la proximidad

Si la ternura y el engendramiento son perspectivas de la encarnación deberíamos tomar la vida como viene sin prejuicios ni miradas que condenan por ser de una u otra manera según nuestro corto y pobre enfoque. Propongo algunas preguntas para abordar el tema y así cuestionarnos nuestras prácticas pastorales y por supuesto agregar otras más:

- ¿Cómo podemos hablar de cariño, de afecto, de relaciones fraternas si considero que el otro no tiene la misma condición humana que tengo yo y, por lo tanto, está en condición de inferioridad?
- ¿Cómo puede ser que la aporofobia esté en muchos de nuestros ambientes pastorales?

- ¿De qué manera nos toca y preocupa el hambre y la miseria de grandes mayorías en nuestros países?
- ¿Nos cuestiona la inseguridad de vida y alimentaria de nuestros pueblos?
- ¿Apostamos a la comunión y comensalidad frente a tanta fragmentación y desigualdad?

Hoy más que nunca el acompañamiento hay que abordarlo como el diálogo entre lo emergente y lo que se viene dando; entre la novedad y lo que es.

P. Facundo Arriola, sdb.
Delegado de Pastoral Juvenil.
Inspectoría Ceferino Namuncurá. Argentina Sur.